

Fabián, el niño de la computadora  
(Fragmentos de la cura analítica de un niño autista de  
cuatro años)<sup>1</sup>

Héctor Yankelevich<sup>2</sup>

a Maud Mannoni

**1) De la renegación**

Hay, o había en Buenos Aires, una expresión bastante curiosa en castellano, para significar "hacerse retar (*gronder*) por la madre". Exactamente eso. No "hacerse reprender" a secas, o por algún otro, el padre, por ejemplo. La expresión, traducida al francés, dice: "*faire renier sa mère*", "hacer renegar a su madre"<sup>\*</sup>.

No se utiliza en el interior y pertenece al habla propia de la gran ciudad, un castellano muy modificado por los dialectos genovés y napolitano, que cambiaron las desinencias de los paradigmas verbales, la acentuación de la frase, la pronunciación de ciertos fonemas.

Ahora bien, ¿cómo es posible que una madre reniegue (*renie*) de su hijo? Puede, es cierto, abandonarlo; pasa todos los días, pero el abandono no es una renegación. Una madre puede decirle a su hijo, decir de él: "no eres mi hijo", "no es mi hijo". Puede dar a luz sin mención de identidad, o darlo, o dejarlo. Pero eso es una negativa (*refus*) - radical, ciertamente- a asumir la realidad de la maternidad, negativa (*refus*) que, llegado

---

<sup>1</sup> La primera versión, oral, de este trabajo, fue leída en abril de 1992 en París, en el Congreso del "Centre de Formation et de Recherches Psychanalytiques", fundado por Maud Mannoni, quien fue analizante y discípula de Jacques Lacan y supervisó con David Walt Winnicott. Publicada en francés en el libro "Du Père à la lettre", Erès, 2003. La versión castellana pertenece a la segunda edición, corregida, anotada y aumentada de "Ensayos sobre autismo y psicosis", ediciones Letra Viva, Buenos Aires, 2010.

<sup>2</sup> hectoryankelevich@fibertel.com.ar

\* En español de España, «renegar» es un sinónimo de «jurar», en su sentido religioso, es decir, renegar del nombre de Dios.

el caso pero no siempre, puede acompañarse del rechazo (*rejet*) del niño, de un cercenamiento (*retranchement*) de sí misma con respecto al otro.

Una renegación es siempre la renegación de una palabra dicha, del juramento prestado, de una confesión proclamada. Dado que el vínculo de la madre con el niño es real, ¿cómo desdecirse (*se déjuger*) con respecto a un juicio que no necesita pronunciarse para articularse realmente, cómo desdecirse sin hacer existir -¿pero bajo qué forma?- lo que es afectado por el signo de la negación?

Llegados a esta etapa de la reflexión, nos asalta una pregunta: ¿una lengua puede mentir? ¿La lengua puede engañarse?

Ya que la renegación es más habitual en el vínculo entre un padre y su hijo, y viceversa, que no existe sin el reconocimiento explícito, en acto, de la paternidad de la progenitura. Aun cuando las huellas genéticas permitan hoy establecer la realidad del vínculo, la verificación científica de éste jamás hará que alguien sea «padre», que sólo es engendrado por su propia palabra, ante Otro.

Entonces, ¿la expresión "hacer renegar a la madre" es mentirosa? ¿Es engañosa?

Si pensamos que en principio existe una diada madre-hijo, y que el padre sólo interviene después, podríamos decir que sí, que esta expresión se extravía en un sentido inadecuado, que la lengua puede mentir.

En cambio, si sostenemos que el vínculo mismo entre la madre y el hijo es, a la vez que real, siempre metafórico, que el padre entra en la realidad misma de lo que se teje en él, no sólo biológica sino simbólicamente, entonces sí, es la naturaleza -desde el inicio- trina de ese vínculo lo que se invoca o podría invocarse.

La lengua no miente sino que, al contrario, nos hace saber -sin que haya necesariamente un sujeto que la lea- que una madre siempre puede suspender, no el reconocimiento de su hijo como suyo, sino la afirmación -el decir sí- de ese vínculo que, por ser metafórico, puede siempre abolirse.

Una madre puede ser temida, a punto tal que identificarse con ella sea el único recurso y el único medio para no perderla. Puesto que tiene un verdadero poder, que no es en absoluto la omnipotencia de la vida y el amor, sino el poder de significar qué es el padre. En lugar de quedarse como la guardiana de una cifra que nunca debe revelarse,

ya que ninguna clave le conviene. Cuando una madre dice: "tu padre es esto o aquello...", la metáfora corre el riesgo de caer y el niño se hace retar a más no poder...

Pero esa renegación, que concierne a la función paterna, no sólo en cuanto separadora, sino sobre todo como punto de origen del Otro como tal, no recae, ni necesariamente ni siempre, sobre el padre del niño. Más fundamentalmente, puede recaer sobre el padre de la madre, del cual, en la cura que nos ocupa, siempre se dijo que su amor fue exiguo, y hasta inexistente.

Esto nos permite una posibilidad cierta de clínica diferencial, dado que ese mismo abuelo materno puede, en otros tipos de estructura, ser el *partenaire* electivo en el fantasma de la madre.

Pensamos, asimismo, que los operadores lacanianos de estructura no son simples, sino que pueden perfectamente funcionar en cupla, cuando uno de ellos se suma a la represión originaria y provoca una modificación esencial de su funcionamiento.

Además, hay que diferenciar el «desmentido» [*désaveu*] como determinante de estructura, de su uso fantasmático –lo que no excluye en absoluto que tenga efectos reales-, que llamamos aquí «renegación» [*reniement*].

La forclusión, que actúa sobre el Nombre-del-Padre, es utilizable como mecanismo de defensa, al margen de la psicosis, y para hacerlo adoptamos el nombre freudiano: *Verwerfung*, traduciéndolo como rechazo [*rejet*].

Los operadores son las modalidades del pasaje del Otro real al Otro simbólico.

Si se admite esto, nos es posible afirmar que el sujeto de lo inconsciente no es únicamente el producto de las operaciones en el Otro sino que, en el pasaje de un otro al Otro, el sujeto tiene algo que decir, escoge, responde, interviene activamente si se le da la posibilidad de hacerlo, en la especificación del tipo de Otro del que será el efecto.

Así, como respuesta a la negativa (*refus*) de amor, la renegación del padre resulta transformada, a su vez, en forclusión de la función paterna para un niño de la tercera generación.

Es preciso pensar la estructura en el tiempo, a lo largo de tres generaciones.

Esta hipótesis permitiría dar cuenta del hecho de que, junto al determinante de estructura, hay siempre un "mecanismo" que actúa en "tono menor". Así, en ciertas

psicosis hay una organización pseudofantasmática producida por el desmentido (*désaveu*) perverso, mientras que en algunos casos de perversión existen organizaciones delirantes que no competen en modo alguno a una psicosis.

Ahora bien, esta exploración introductoria debe permitirnos destacar un espacio conceptual para plantear que para una mujer la respuesta renegatoria (*désavouante*) - ioh, cuán comprensible!- a la falta de amor paterno puede experimentar un retorno forclusivo entre ella y uno de sus hijos. Cosa que, justamente, ni siquiera permite la psicosis en el niño, que requiere la instauración del "primer padre" que da acceso a la perversión inconsciente y a la palabra.

Asimismo, de acuerdo con nuestra experiencia, eminentemente discutible, el padre, en tanto tal, es impotente para ser el agente de inscripción de su función, si ésta no es introducida por la madre. Esto es la clave de un goce que sólo accede a decirse bajo ciertas condiciones.

En el caso de algunos de los niños autistas que hemos tratado, nos parece muy probable que el origen de los trastornos tenga su explicación clínica -no estructural- en la descompensación puerperal de la madre en el momento de su nacimiento. Estos episodios, contados algunos años después por las madres, presentan una organización delirante que dura algunos meses o más, subclínica para los médicos y quienes las rodean y que, en cuanto tal, no puede catalogarse como una psicosis.

El hecho de proponer dos traducciones diferentes para la «*Verleugnung*»\* freudiana, «desmentido» y «renegación» se apoya sobre una diferencia que obedece al concepto. La renegación no es organizadora de perversión sino que, al contrario, pone fuera de juego en el caso de un niño la determinación simbólica que asegura la función increada del Padre del nombre, el de la perversión inconsciente.

## 2) *Las sesiones*

Veo por primera vez a Fabián en enero de 1990. Acaba de cumplir cuatro años.

Rubio, de ojos grises, sonrío sin que haya nada que explique el por qué. Durante la entrevista pasa varias veces a mi lado sin mirarme, sin que haya nada en su piel, sus

---

\* La lengua francesa traduce con cuatro vocablos el significante freudiano «*Verleugnung*»: a) *Déni* b) *Désaveu* c) *Démenti* d) *Renieiment*

músculos, su andar, que muestre el ajuste perceptivo sufrido involuntariamente cuando uno está a punto de rozar a un desconocido.

Su belleza es sorprendente, y se destaca tanto más por el hecho de que está ausente para sí mismo y para el otro.

El padre, más que la madre, cuenta brevemente la historia de la familia, la presencia de un hermano mayor que anda bien, como así que cada tantos años deben mudarse, obligatoriamente, porque la empresa en la que él es ejecutivo lo cambia de puesto y de región.

Durante los dos años y medio en que veré regularmente a Fabián, los dos padres vendrán regularmente.

Progresivamente, lograré que la madre pueda entrar sola a mi consultorio, para poder escucharla sin que su marido la descargue del peso de la palabra; luego, que Fabián entre solo a su sesión, y recién después los padres.

Segunda entrevista (16 de enero de 1990). Los padres me cuentan que pronunció por primera vez dos frases incompletas: "...no muñeca", "...hace la muñeca", después de ver una muñeca en televisión. Además, comenta el padre, puso por primera vez la mesa.

Comentario. Puede suponerse que esas primeras frases pronunciadas por Fabián hablan de él. El hecho de que pronuncie correctamente muestra que su capacidad fonatoria ya recibió los engramas de las oposiciones fonemáticas que permiten la emisión articulada, pero que no existía lo que permite que la fonación se realice efectivamente. Por otra parte, que pronuncie no quiere decir en absoluto que signifique.

"Poner la mesa" nos lo muestra entrando, también por primera vez, en la circulación entre padre y madre.

Cuarta entrevista (dos semanas después). Fabián hace un primer dibujo: en una hoja de papel blanco dibuja dos formas alargadas, acostadas, de un aspecto fálico, de una de las cuales podría decirse que es un excremento. Tienen marcas en su interior, todas orientadas de izquierda a derecha. Hacen pensar en incisiones o caracteres cuneiformes.

Abajo, una multitud de redondeles diferentes, que recuerdan irresistiblemente lóbulos de orejas, pues dentro de cada uno, más bien alargado en sentido vertical, hay otro más pequeño y espiralado.

Primera sesión (6 de febrero de 1990). Al escribir mis notas, tomo la decisión de no calificar ya de "entrevista" lo que se desarrolló ese día, sino de "sesión". Sin embargo, no se trata de que Fabián haya podido formular una demanda en su nombre - lejos de ello-, sino del hecho de que la madre me dice que tuvo miedo de que se tirara por la ventana. En la escalera de la casa, se subió al alféizar de una ventana y agitó los brazos.

Se plantea la cuestión del sentido posible del movimiento de los brazos. Pero es secundaria con respecto a esto: ha descubierto el vacío, y el vacío es atractivo, lo cual quiere decir libidinalmente investido.

Fabián hace dos dibujos. El primero se parece a una gorda ameba verde, en la parte de abajo de la página, con marcas verdes y marrones adentro. También hace una especie de cañón con redondeles dextrógiros en el interior.

El segundo dibujo es una forma "fálica", adornada de ampollas más o menos paralelas. Por una casualidad completamente inesperada, pues no hago automáticamente ese gesto, muevo la hoja de papel un cuarto de giro hacia la izquierda y allí puede verse una cabeza de tótem con ojos, una nariz y colgajos a los costados que pueden ser las orejas y que también sirven para darle volumen.

Por primera vez, la madre puede hablar de sí misma y de la relación con su hijo.

Nació en una familia que tuvo siete hijos. Pupila durante la primera infancia, sólo volvió a la casa, ya adolescente, para ocuparse de los hermanos menores. Los padres se divorciaron. Historias de alcoholismo paterno, golpes y grescas con la madre. Jamás se sintió amada por ésta, que la utilizaba para hacer de todo. Menos aún por el padre.

Su primer hijo, me dice, era un bebé que comía, escupía, cagaba y lloraba todo el tiempo, hasta los ocho meses. Ella tenía mucho miedo de que el segundo -Fabián- fuera parecido al primero, que le ocupaba todo su tiempo.

En efecto, Fabián no se moverá y nunca pedirá nada. A duras penas come, y jamás se lo escuchó llorar.

Sólo veré con regularidad a la madre durante el segundo año de tratamiento. Antes de lograr que acepte entrar sola en mi consultorio, no revelaré más que algunos fragmentos dispersos de historia, de vez en cuando, que después reconstruiré.

Luego de este relato, agrega que Fabián se desnudó y mostró su pito.

13 de febrero de 1990. El padre me dice que pronunció la última sílaba de su nombre: "ian" (también es la primera de mi apellido). "De acuerdo, ya entendí; es complicado".

Cuando pronuncia estas frases, palabras, nombres, no se dirige a nadie. El sonido de su voz no se parece a la de un niño, sino que es muy articulada y metálica.

Desde hace algunos días, prosigue el padre, se pone espuma de afeitar en la cara, o bien lápiz de labios, y besa el espejo. Tomo nota y repito dirigiéndome a él. Se da vuelta por primera vez, me mira, escucha y después dice: "ma mamamá mamamamá".

Es indudable que, un mes y medio después del comienzo de la cura, se abren paso algunas identificaciones imaginarias. Nada nos muestra, sin embargo, si se apoyan sobre alguna otra cosa que un descubrimiento del espejo. No bastan para asegurarnos la existencia de una identificación primaria.

En cambio, es más fácil pensar que las marcas de los tres primeros dibujos representan trazas, o bien son en sí mismas las trazas que permitirán, a la vez, no sólo *post hoc* sino *propter hoc*, el espejo y su fonetización.

El lápiz de labios quiere decir: "soy mamá"; la espuma de afeitar, "soy papá". ¿Pero pueden esas marcas hacer que la traza sólo subsista por estar marcada en la superficie del cuerpo, y no por crear por sí misma su propia superficie?

En el plano de la cura mi intervención se entendió, lo que mostraría que funciona la transferencia de los padres.

5 de marzo de 1990. Fabián llega a la sesión con sus padres y, por primera vez, trae con él a su oso.

El padre me dice que, hasta aquí, cuando sonaba el teléfono era él quien se precipitaba, descolgaba y esperaba jadeante la voz del otro lado. No respondía nada, ni siquiera un sonido.

Ahora, si descuelga el tubo, es para volver a colgarlo al instante, o bien, si es su madre la que atiende, la golpea.

La única persona que llama a la casa es el padre.

Mientras éste habla y la madre asiente, Fabián construye, con las piezas del Lego, torres que se elevan lo más alto posible.

20 de marzo de 1990. Cuando está presente su padre, se dirige a él con gestos y a veces una palabra. Si inesperadamente llega la madre, se calla, se da vuelta y se va.

Empieza a treparse a todos los muebles, y a la noche enciende todas las luces de la casa para jugar solo con sus juguetes.

27 de marzo de 1990. Fabián dice a su madre, sin que ésta se haya dirigido antes a él: "¡Tú no entiendes!". Comienza a escuchar conciertos de música clásica: se pasa todo el día acostado en el suelo, con la radio sintonizada en *France Musique*.

Comentario. Fabián va al encuentro de su madre y emite esta frase sin que podamos saber si proviene de un encadenamiento anterior. Creemos, más bien, que lejos de ser el "tú" un embrague entre el enunciado y la enunciación, o de representar lo que queda del Otro en su desaparición, la frase es pronunciada como un rechazo.

Abril de 1990. Cuando la madre descuelga el teléfono, Fabián se enfurece y la golpea, le arroja objetos, o bien corre a encerrarse en la habitación de los padres y sólo sale una vez terminada la conversación.

Estos celos, que no siente por su hermano mayor, indican que busca al padre, y la madre es un obstáculo tan grande para ello, que se identificó con ella.

Pero estos celos, que se juegan en el registro de la frustración -o ella o yo, pero no los dos-, no prueban que se haya producido el tiempo fundador de la privación. Fabián busca seguramente orientarse entre papá y mamá. Pero no es localizable entre el Uno y el Otro.



En sesión dibuja, sentado al escritorio, frente a la ventana y dando la espalda a sus padres. O bien hace un rodeo para ir a buscar lo que hay en los cajones, las cajas de plastilina, las carpetas.

En su casa, dibuja con tiza una cabeza en el pizarrón, y dice: “-Demasiado pequeña” y hace el gesto correspondiente, cuenta el padre.

“¿No quiero(e) eso?”

“*Sho* no (sé) contar.”

A fin de mes, la mayor parte del tiempo está triste, lloroso, molesto, sin que los padres sepan por qué. Durante uno de sus accesos le dice a su padre: “Tú quieres irte”. Por primera vez en su vida se duerme sobre su madre.

Comentario. Esos estados de tristeza sin motivo, que con justa razón inquietan a sus padres, esas quejas y ese dolor que, para ellos, no tienen explicación, muestran más bien que se produce un pasaje de la Cosa a la causa. Lo que es singular en Fabián es que el Soberano Bien está ubicado del lado del padre.

22 de mayo de 1990. Desde el mes de febrero hacía grandes escenas de cólera en las tiendas, cuando los padres no le compraban lo que les indicaba que quería. Este mes, esas reacciones cesan. Del mismo modo, hasta aquí soportaba bastante bien que lo dejaran solo en casa; ahora muestra por primera vez señales de temor y dolor.

En el jardín de infantes donde lo admitieron, obedece las indicaciones de entrar y salir de clase con los demás.

Mientras camina por la casa encuentra a su padre al parecer inesperadamente, y le dice: “-¿Estabas allí?”.

5 de junio de 1990. Mientras el padre me cuenta los acontecimientos de la semana, se trepa a su madre y por primera vez se deja deslizar al suelo de cabeza, y luego le pide que lo alce. Todo su rostro deja traslucir una intensa alegría.

Esta semana ocurrió un incidente, aparentemente menor, que demostrará ser central en el desarrollo de la cura. Al pasar frente al televisor, por el que hasta aquí no demostraba mucho interés, ve a un oso que amenaza a un bebé. Lanza un grito desgarrador. Lo que sucede en la pantalla le hace señas (*lui fait signe*).

En lo que se refiere a la estructuración del espacio, en lo sucesivo es capaz de vestirse solo y de tomar solo los remedios si tiene fiebre o está enfermo.

26 de junio de 1990. Hace en sesión un monigote de plastilina, pegando una pierna a otra más grande. Le pone un punto rojo a un auto y hace un ruido de sirena. Se levanta, camina hasta el espejo y dibuja en él tres círculos con el marcador; luego los rodea con otro que los encierra completamente.

Comentario. Construye el cuatro, al hacer  $3 + 1$ . Cada uno de los tres está separado de los otros dos. Lo que hace que estén juntos es el cuarto que los rodea. Él tiene cuatro años y medio. En la sesión también somos tres y uno. Asimismo, dibuja los círculos en el espejo, como si indicara que lo que tachan no está pese a ello tachado.

10 de julio de 1990. Dibuja en sesión una cabeza humana, y un renacuajo con una línea como cuerpo.

22 de julio de 1990. Se despierta a la noche y va a ver si los padres están.

18 de septiembre de 1990. Dibuja a tres colores grandes cuerpos fálicos, erguidos, con inscripciones en su interior.

2 de octubre de 1990. Comienza un período de grandes dibujos, en cuatro, seis u ocho hojas de papel que pone juntas; como el escritorio no le alcanza, los hace en el suelo. Esto durará varios meses. Una vez que Fabián haya inscripto esta experiencia, volverá al escritorio a trabajar con una hoja por vez.

Durante esta sesión, hace zetas que ocupan toda la página y enseguida da vuelta la hoja y hace la misma zeta en pequeño. Sólo me daré cuenta del alcance de esta escritura más adelante, cuando, al releer las notas de las sesiones, me induzca a reflexionar sobre el pasaje del signo a la letra<sup>3</sup>.

9 de octubre de 1990. Los padres cuentan, preocupados si no francamente alarmados, el cariz tomado por las relaciones entre Fabián y el televisor. Hace ya varios meses, desde antes de las vacaciones, que lo maltrata: lo enciende de un puñetazo, lo apaga enseguida, lo desplaza por la sala a la carrera, con el riesgo de dejarlo caer.

---

<sup>3</sup> Véase infra, "El marco y la serie".

Durante el relato de los padres, Fabián toma varias hojas de papel, se instala en el suelo y dibuja un gran rectángulo que ocupa cuatro hojas a la vez y por encima del cual dibuja dos trazos, uno vertical, en la parte de arriba, y el otro perpendicular al primero.

En el primer momento pienso que al enmarcar un espacio ha hecho su casa, la casa del padre con un complemento fálico encima.

Como si escuchara mi torpe idea, oigo que dice en voz muy baja pero nítida: "seis". No puedo creer lo que escucho. En efecto, se puede deformar la panza del "6", hacer con ella un rectángulo y transformar el arco de círculo en dos segmentos de recta perpendiculares entre sí. Esta transformación es geoméricamente posible, lo que muestra que Fabián hace sufrir a su espacio una deformación continua, y que nos lo hace saber. Para que no haya dudas sobre lo que acaba de decir, agrega: "cinco, cuatro, tres, dos, uno". Y en el espacio interior del rectángulo, del marco que nunca abandonará sus dibujos, escribe: T.F.1, A.2, F.R.3, 5 (siglas de los canales franceses de TV). Algún tiempo después nombrará claramente la sigla de cada canal dibujada en letras resplandecientes en la pantalla del televisor.

16 de octubre de 1990. Dibuja en sesión una figura humana completa. Es la primera vez. Las semanas siguientes hará la cabeza con los ojos, la boca y la nariz.

Dejo muy atrás el "seis" de la semana pasada; cuenta hasta "catorce", cuando algunos días antes esa cifra no era más que "uno" y "cuatro".

Del mismo modo, sorprende a todo el mundo en su casa cuando desde su habitación el padre le pregunta a su mujer, que está en la cocina: "¿qué vamos a comer?" Fabián contesta, desde su cuarto: "está haciendo fideos".

Sin fecha, probablemente principios de 1991. El padre me cuenta que se pone muy duro a la noche, en el momento de acostarse, cosa a la que se niega obstinadamente. Ningún medio es bueno para hacerlo obedecer; es la primera vez que ocurre. La palabra del padre, que siempre fue convincente sin que nunca fuera necesario llegar a los gritos o la amenaza, ya no basta. Durante horas se niega a ir a dormir, patalea, vuelve a encender la luz y va a la sala a jugar en medio de la noche como si fuera de día. El padre se siente impotente frente a lo que experimenta como un desafío.

Bastante sorprendido, alcanzo a decirle, no obstante, que al hacer eso Fabián no tiene la menor intención de fastidiarlo, sino que, muy simplemente, tiene una dificultad real para dormir. La decisión de abandonarse al sueño le resulta tan angustiante que

reclama la presencia de sus padres para no saber que se duerme. Subrayo una vez más, sobre todo, que no es para fastidiarlos. El padre me escucha pensativo.

Entretanto, Fabián, que jugaba al lado, en el suelo, al parecer distraído y sin ningún signo de escuchar lo que pasaba, se levanta, se acerca al padre y sin el menor aviso le asesta una violenta bofetada en la mejilla, con la mano bien abierta. La mejilla que recibió el golpe permanecerá enrojecida algunos minutos, pero la otra también...

Intervengo lo más rápido que puedo para decirle a Fabián que su padre no sabía lo que acabo de explicarle. Que es precisamente por eso que sus padres vienen a verme, para poder saber. Y que si yo puedo explicarle al padre qué pasaba con él, es simplemente porque tanto él, Fabián, como el padre, al contarme con palabras y dibujos lo que sucede en la casa me permiten decirlo.

A partir de ese momento, no escribiré sólo en el papel sino en primer lugar y poco a poco en la pantalla del minitel y luego en la computadora del padre. Al principio letras, después palabras y finalmente juegos cada vez más difíciles que dominará en poco tiempo.

Marzo de 1992. Desde hace meses dibuja ritualmente marcos que rodean cada hoja en blanco, inscribe en ellos las siglas de los canales, o bien una serie de dibujos que hacen pensar en los pupitres de un salón de clases y, frente a ellos, el escritorio del maestro.

Esta vez, se trataba de los nombres de los canales.

Repentinamente, lo escucho murmurar: "*Vittel*"\*

No suelo mostrarme ingenioso con los adultos en sesión, y menos aún con los niños. En resumidas cuentas, cuando se trata de poner de relieve un significante, hay que mantenerse apartado del goce, del lado del analista.

Sin embargo, aprovechando la ocasión, doy a la palabra una leve entonación interrogativa:

- "*¿Vit-elle?*" [¿Ella vive?]

Se calla. Unos minutos después, suelta, sin mirarme:

- "*Vite-elle!!!...*" [¡Rápido, ella!]

---

\* Marca archiconocida de agua mineral, que se usa también para los bebés.

Una semana más tarde, el padre me dirá que ha dado un salto adelante en la utilización de las palabras. Además, se dirigió mucho a ellos, sin palabras.

### **3) La madre y el delirio puerperal**

La madre de Fabián no habla en sesión. Deja a su marido la tarea de recordar los pequeños hechos cotidianos, las alegrías o los disgustos. Ambos del norte, se trasladan de uno a otro lado de Francia al arbitrio de las responsabilidades laborales que recaen sobre el padre del niño.

No volvió a ver a su padre desde que éste se divorció de su madre. Salvo una vez, en que se cruzaron durante una gran ceremonia familiar y él no la reconoció. Su pensamiento, en ese momento, fue que no tenía padre. Que nunca lo había tenido.

Y sin embargo... Poco antes del divorcio de los padres, durante una de esas violentas discusiones en que se enfrentaban, uno de los hermanos mayores, que ya no soportaba los insultos, los golpes, el alcohol en que su padre estaba empapado, le clavó, para evitar que le pegara a la madre, un cuchillo en la espalda.

Cuando ella se acerca, el padre yace en el suelo; con un solo movimiento, le saca el cuchillo de la herida. Su vida no corría peligro, ya que el acero sólo había rozado el omóplato.

Pero cuando en el hospital escucha a los médicos decir que era ella quien, con su gesto, hubiera podido rematarlo, juzga en su fuero interno que su culpa es irremediable. Que nada ni nadie podrá salvarla.

El hermano que quería defender a la madre morirá algunos años más tarde, como consecuencia de una crisis epiléptica.

Al nacer su hijo mayor, ella se abalanza todas las tardes, todas las noches sobre su cuna para asegurarse de que respira.

No se espera que Fabián naciera el día en que lo hizo sino algo más adelante, incluso dos semanas después. Ese fin de semana se casaba su cuñado, y su marido

debía asistir como testigo. Como el nacimiento no era inminente, viajó en su auto para ir y volver en menos de 48 horas.

La noche del casamiento de su cuñado, mientras ella se aburría sola en la casa, era el aniversario de la muerte de su hermano.

Esa noche, ausente su marido al nacer Fabián, miró a éste y se dijo: *"Lo sabe todo, todo sobre mí. Cuanto antes muera, mejor para él"*.

En ese momento, el peso de su nulidad básica, de toda su indignidad, se le hizo patente, como una certidumbre que nunca más la abandonaría.

Más adelante, cuando advierta que pese a crecer Fabián no emite ningún sonido, ningún llanto, cuando se haga notorio que no habla, se dirá: *"No quiero que sepan cómo estoy hecha. Él tampoco quiere que sepan cómo es por dentro"*.

*"Lo sabe todo"*. Sea cual fuere la violencia de la renegación pronunciada de joven, la madre de Fabián, puesto que habla, no pudo evitar pensar, aunque sólo fuese una vez, *"lo sabe todo"* de su padre. Pero es precisamente a causa de esa renegación, redoblada por un rechazo forclusivo, que la noche del nacimiento de su hijo esta frase le vuelve, encarnada en un delirio -que no necesita ser de estructura- para protegerse de un retorno devastador.

Ninguno de sus allegados se da cuenta de su estado, cosa que ocurrió en la mayor parte de las madres de niños autistas que atendimos a lo largo de los años. Delirios puerperales subclínicos para las familias y los médicos, que caen luego de algunos meses o algunos años, cuando los efectos sobre el niño las despiertan bruscamente y les dan como tarea, en lo sucesivo, consagrarse a ese hijo que, por su mudez, las remite a un destino del que carecían.

El padre, al que el niño autista encarna, es un padre primordial, no deseante, que goza solo.

El niño satura la falta de ser de la madre no como objeto, causa del deseo, sino como significante, causa de goce. El delirio es la única respuesta que la madre es capaz de presentar frente a un retorno de lo real que desmorona aquello con lo que ella puede contar como estructura subjetiva. No es necesario que la madre sea psicótica. Sin

embargo, aunque lo fuera eso no explicaría en absoluto el autismo del niño, cuya causalidad es contingente.

La madre no puede investirlo porque él representa lo real puro. El goce que encarna arrasa con toda vida pulsional, toda posibilidad de inscripción.

Cuando la madre puede dar su delirio al psicoanalista, el niño, si ya no es «demasiado grande», puede comenzar a articular, a fonetizar sus trazas.

Es general, es uno de los dos padres quien formula la demanda; el otro se limita a asistir sin creer en ella. Si es la madre quien, pese a todo, puede hacerla, no es raro entonces que el padre experimente un pasaje delirante. Pero si el delirio puede ser dado, en el mismo instante, al menos por cierto tiempo, el niño no hace desaparecer en él toda la creencia, siendo la misión del significante paterno anclarla en la nada.

#### **4) *Lo deíctico y el rechazo de la demanda***

Estamos en sesión, Fabián, su madre y yo. Ella me cuenta algunos hechos de la semana y Fabián nos da la espalda, al mismo tiempo que se pasea por la habitación, inspecciona los rincones que conoce y toca los objetos que supuestamente me pertenecen.

Pero, en un momento dado, lo sorprendo inmóvil y observando fijamente a su madre con una mirada emocionada -contemplándola con la delectación que un creyente experimenta a la vista de la Virgen, posando sobre ella su mirada como quien ama la pintura lo hace sobre un cuadro-, no durante un tiempo mensurable, en que finalmente la visión del mundo recuperará sus derechos, sino para toda la eternidad.

Al mismo tiempo, su índice apunta a un objeto cualquiera que no puede o no quiere alcanzar por sí mismo. Y la madre me cuenta que en su casa todos los días se repite la misma escena del índice, sin que Fabián consienta en satisfacer ninguno de sus pedidos de que el objeto sea nombrado.

Por otra parte, no es posible pensar que desconozca sus nombres, ya que los señala con su gesto mudo, y las palabras que lo nombran afloran a sus labios cuando no hay nadie cerca; pronunciándolas cuando se encuentra solo con sus juguetes predilectos.

Cuando articula proposiciones, completamente sensatas, no se dirige a nadie. Pero cuando tiene frente a él a uno de los otros de la demanda, ésta no se expresa jamás.

Hay en él, y él se mantiene en ella, una brecha actual e infinita entre el gesto indicial que señala el "esto" en el mundo de los objetos, y el habla; que por el mero hecho de nombrarlos les sustraería esa parte de sí mismos –que puede denominarse sin temer la paradoja, inmaterial y sustancial- que hace que, en tanto innombrados, participen no del espacio del mundo sino del lugar y el orden de la Cosa.

Ya que para que se cumpla el único homicidio valedero, no es suficiente articular palabras y frases, sino que, ante todo, es preciso pedir las (arrancándoselas) a un Otro que, por el solo hecho de responder a ellas, se ve, sin saberlo, cercenado de una parte de sí mismo.

Esta brecha infinita en la que Fabián se mantiene le permite sostener, por un lado, una creencia inquebrantable, ya que silenciosa, no en el Otro sino en el Otro del Otro goce, fuera del lenguaje. Al mismo tiempo, los sonidos del lenguaje, su armazón fónico, sirven únicamente a la función del goce-sentido [*joui-sens*]. Se los decapita de antemano de toda función nominativa.

En consecuencia, puede prescindir del objeto tanto tiempo como quiera o pueda. Y cuando llega a faltar, esta falta es el fruto envenenado del querer del Otro que se lo rehúsa (*refuse*) antes de toda demanda. Queda frustrado sin haber sido nunca privado de él.

Cuando Fabián dice, mientras juega solo: "eres difícil" o "tú no entiendes" o "está haciendo fideos", podemos decir que estas frases son sensatas, pero que no significan. Son correctamente pronunciadas y la sintaxis es la adecuada, pero la referencia es inexistente. El hecho de que el analista o los padres puedan suponer que repite afirmaciones de la maestra referidas a él no cambia en nada la cuestión. Esas frases tienen la forma de la expresión "el actual rey de Francia no existe", que tanto preocupó a Bertrand Russell.

Falta en ellas el único punto de apoyo que tiene un analista en la cura de neuróticos: la referencia vacía. Puesto que si los neuróticos la llenan todo el tiempo de sentido, su carácter real permite esperar una eventual limpieza.



Falta también el embrague de contexto, los significantes anafóricos que empalman los actos de habla con las palabras que preceden o que permiten comenzar *ex nihilo* una proposición, embocándola en el vacío.

Allí donde está escrito en el Génesis: "*Dios dijo que la luz fuera, y la luz fue*", el carácter creador del decir queda subrayado con una fuerza inigualable. No obstante, sería falso pensar que esto era cierto sólo para los hombres de esa época, de la escritura de la Torah o incluso del Mahabharata, y sería inaccesible para la humanidad de nuestra civilización técnica. El hombre está separado por su propio inconsciente del carácter eficaz del decir. La humanidad encasilló muy tempranamente esta función en prácticas mágicas y mágico-religiosas.

Del mismo modo, la creencia en la eficacia de la palabra sobre la naturaleza, sobre el otro o sobre el destino de personas desconocidas no fue nunca otra cosa que un desvío, para sustraer de esta eficacia el único objeto susceptible de recibir sus efectos: el sujeto mismo. Sin esta creencia, la operación separadora, constitutiva de lo inconsciente, no tiene a qué aferrarse. Puesto que es gracias a lo inconsciente que podemos creer en una relación inmediata, sin mediación, con el Otro. Dicho de otra manera, que podemos pensar que el Otro es, y que lo inconsciente no es.

Esta ausencia de creencia en la palabra no concierne, en la madre, a una duda o una desconfianza sobre la verdad, que entraña naturalmente su doble de engaño. Poco a poco, la madre de Fabián, al dirigirse a nosotros, busca el instante preciso en que el descubrimiento del engaño del Otro quedó coagulado en ella, no como incredulidad, sino como vaciamiento para siempre del tejido mismo de la palabra.

La respuesta del niño será el rechazo de la demanda. Y no una simple negativa, cuyas consecuencias, con seguridad menos graves, no se inscriben al margen del discurso.

En el autismo, la creencia está cercenada de la palabra, en el mismo concepto que la demanda al Otro es rechazada fuera del campo del lenguaje.

### **5) La pantalla, el marco, la escritura**

Fabián nunca había prestado atención a lo que daban en televisión. Pasaba a su lado sin detenerse un solo instante frente al aparato encendido, cuando sus padres o su

hermano estaban allí. Hasta que una noche de octubre ve en la pantalla un oso que amenaza a un bebé. Un grito estridente va a señalar, por primera vez, que las imágenes tienen sentido. Tanto, que son reales.

Durante la semana siguiente hace en sesión un gran marco que cubre cuatro hojas de papel, y le agrega una cola arriba a la izquierda, compuesta de dos segmentos de recta unidos en ángulo recto.

Fabián me hace saber que, por una razón que yo ignoro, decidió someter las formas redondeadas del "6" a una deformación pautada, lo que lo transforma en formas rectas y entrecortadas. Al darse cuenta seguramente de la sorpresa que me embarga, lo escucho murmurar moviendo los labios, sin voz: "seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno".

En lo sucesivo comienza a enumerar las cifras al revés y a escribir las letras que conoce de derecha a izquierda, tanto respetando la simetría izquierda/derecha como invirtiéndola.

Mucho más: a medida que se desarrollan las sesiones, escribe para sí de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, pero, si quiere escribir para mí al mismo tiempo, pone cabeza abajo las letras y comienza por la derecha.

Apenas uno o dos meses después, los padres recordarán la escena del oso y el bebé, puesto que, durante ese tiempo, se quejaban de que el hijo "maltrataba" el televisor, ya que lo encendía y apagaba a puñetazos y hacía correr a toda velocidad por la sala la mesa en que se apoya, con el riesgo de hacerlo caer.

Allí, solamente allí, advierto que el marco que traza antes de cualquier inscripción en el papel en blanco es el marco de la pantalla de televisión. O más bien, lo insoportable de las imágenes allí representadas, dado que son reales, lo lleva a someter a la pantalla a un tratamiento de reducción, a dibujarla él mismo. También es en ese momento cuando comienza a trazar barras en el espejo.

Este encuentro, de una violencia inusitada, nos lleva a plantear la hipótesis siguiente: hasta entonces no había habido en Fabián lo que se llama una actividad alucinatoria primaria, que resulta posible por la pérdida, no del objeto de la pulsión, dado que aún no existe, sino del objeto por excelencia. Esto da acceso, a su turno, a una creación alucinatoria, mediante la cual el niño inviste y se apodera de los rasgos del

objeto, hace en él trazas susceptibles de reinvestirse que le permiten envolver el vacío fundador.

Fabián, al trazar un marco y escribir en él las letras T.F.1, A.2, F.R.3, nos hace asistir al nacimiento de lo inconsciente.

¿Qué enseñanzas podemos extraer de ello?

1) Que la alucinación no es la mera reproducción sustitutiva de la experiencia de satisfacción sino una producción que, aunque desplazada en el tiempo con respecto a la primera, es el índice que permite afirmar que tomar el pecho es verdaderamente una experiencia de satisfacción, ya que podría no serlo.

2) Así, no habría que pensar que la alucinación -que es un verdadero empuje (*Drang*, «*poussée*») psíquico, fundamental y permanente- constituye un obstáculo a la aprehensión de la "realidad", en cuanto sedicente actividad sustitutiva, sino que, al contrario, es preciso considerar que sirve a la construcción de ésta. La cuestión de su delimitación respectiva exigiría más bien un estudio sobre la diferencia, en la repetición, de las mismas trazas.

3) El hecho de que Fabián escriba letras en el marco que simboliza e inscribe la pantalla como vacío nos impulsa a afirmar:

a) que inscripción y escritura son conceptos idénticos y actividades idénticas. Su diferencia no se sitúa en el nivel del acto de trazar, sino en el de un segundo acto que consiste en la atribución, a las letras inscriptas, de un valor fonemático cualquiera; es hablar el primer requisito, necesario pero no suficiente para la represión primordial. Sólo un significante fundamental asegurará la represión con una pérdida definitiva de goce, tanto del cuerpo como del lenguaje, que pasará a ser el registro de lo real.

b) si se acepta esto, todas las trazas son nombres, nombres del objeto pero no por ello nombres propios –o bien, es la existencia de un nombre propio que hace que, de un solo golpe, todos los objetos, aún los que no existen, deban llevarlo-;

c) por último, si el marco es el despliegue espacial de la primera traza que hace realmente agujero, vacío fundador, la actividad alucinatoria proporciona la "película sensible" sobre la cual van a dejar su impresión los rasgos del objeto.

4) La alucinación es tanto el terreno sobre el cual habrá registro, como lectura, relevamiento topográfico del surco producido, que será traza de aluvión, orografía permanente.

Hasta el día del episodio del grito frente a la pantalla del televisor, Fabián había aprendido a reconocer palabras y frases provenientes del otro, caminaba, manejaba más o menos los objetos. Pero no había ninguna actividad que proviniera de él. Podríamos incluso decir que tenía una memoria, en el sentido psicológico o biológico del término, pero no una actividad de rememoración.

No es imposible pensar que la realización de la imagen como portadora de peligros reales es la consecuencia de las sesiones que su madre tuvo conmigo, durante las cuales pudo hablar de su descompensación puerperal y nombrar, por primera vez, tanto los signos de percepción que tenía del recién nacido como la identificación en que su hijo estaba encasillado desde antes de su nacimiento.

Para que un niño autista comience su introducción en el mundo humano, el de los seres hablantes, para que la incisión primera del lenguaje se produzca, gracias a la palabra, es necesario que haya una separación en el lugar del Otro, que la madre pueda abandonar el delirio que presidió su nacimiento. Creemos incluso que ese delirio no es un síntoma debido a ese nacimiento, sino en ciertos casos, más bien su causa.

El niño es engendrado sin que la madre pueda desecharlo como tal, sino más bien para recuperar y restituir el significante primero, cuyo goce -que Freud denominaba totémico- es verdaderamente aniquilante por haber sido encarnado por un progenitor que no lo asumió como su deuda.

El niño, futuro psicótico o futuro perverso, es presentado al templo tanto para recibir el nombre, como expuesto al afuera innombrable. El autista, en cuanto a él, encarna con tal fuerza radiante la potencia fálica en acto, que el delirio es el único recurso que le queda a la madre para interponer un semblant («semblant») entre ella misma esta presencia -verdadera *parusía*-.

Pero el delirio actúa inevitablemente, para el niño, como una pantalla, absorbiendo en su materia -como un agujero negro («black hole»)- todo deseo del Otro capaz de hacer nacer en él una demanda.

## 6) *El marco y la serie*

La transformación pautada del seis en un marco con cola, y su repetición regular a partir de esa sesión del mes de octubre, me habían intrigado lo suficiente para querer proseguir por el camino trazado por Lacan en torno de la consistencia del marco<sup>4</sup>.

Algunos meses después, recuerdos de lectura del "Viaje a Venecia" de Proust<sup>5</sup> se cruzaron en mi memoria con un comentario de Malraux en *L'Irréel*<sup>6</sup>, por lo que decidí viajar a Padua para contemplar los frescos, debidos a Giotto, de la capilla Scrovegni, primera obra de la pintura occidental enmarcada en la realización misma del espacio pictórico.

¿Qué nos enseña Panofsky, que guió nuestro viaje?

El hecho de dibujar un marco, de utilizarlo en el cálculo de la perspectiva, supone un punto de fuga. Este punto de fuga, a su vez, supone el descubrimiento de la imagen de puntos infinitamente alejados de todas las líneas de fuga. Esto es el símbolo concreto del descubrimiento del infinito.

En esa época, el Renacimiento produce una revolución: el reemplazo del topos aristotélico, donde cada cosa tiene su lugar, por el infinito en acto cuyo modelo no sólo es Dios, ya que se realiza en la realidad empírica<sup>7</sup>.

Si volvemos a Fabián, el hecho de trazar un marco es el despliegue espacial de ese punto de fuga. La mayor parte de los niños comienzan dibujando vectores orientados -horizontal, vertical- y formas redondeadas que progresivamente se cierran. La reunión de ambos, guiada por el interés suscitado por la imagen especular, permitirá la representación de los cuerpos humanos, es decir, los padres y el sujeto en una situación gobernada por el juego fantasmático.

---

<sup>4</sup> Véase Jacques Lacan, *La Logique du fantasme*.

<sup>5</sup> Para la "estadía en Venecia", Véase Marcel Proust, "La fugitive" (1925), en *À la recherche du temps perdu*, Paris, Gallimard, 1954, Bibliothèque de la Pléiade, tomo III, pp. 623-655 [trad. castellana: "La fugitiva", en: *En busca del tiempo perdido*, 6, Madrid, Alianza, 1969].

<sup>6</sup> Véase André Malraux, *La Métamorphose des dieux. 2: L'Irréel*, Paris, Gallimard, 1974.

<sup>7</sup> Véase Eirwin Panofsky, *La Perspective comme forme symbolique et autres essais*, traducido bajo la dirección de G. Ballangé, Paris, Éditions de Minuit, 1976, col. Le sens commun, pp. 125-159 [traducción castellana: *La perspectiva como forma simbólica*, Barcelona, Tusquets].

Sobre el plano puesto de relieve por el trazado del marco, Fabián, en lugar de representar el mundo, dibuja, con un gesto seguro y tomando el marcador como un pincel, letras y cifras.

### **7) La escritura en la palabra, la creación de los nombres y el trazado del signo**

Pensar que la escritura es una actividad secundaria, que vendría después de la palabra, y donde la letra sólo sería el simple soporte del sonido, se aviene mal con las hipótesis y principios del discurso freudiano.

Ninguna lengua escrita conocida sería la misma si no estuviera escrita, y la existencia de lenguas no sostenidas por un alfabeto escrito no prueba que no haya un sistema de inscripción que las soporte, sin que los locutores lo sepan.

Hablar supone fonetizar trazas ya presentes. Escribir supone previamente ser capaz de leer signos que interrogan, y que serán luego transportados sobre un soporte cualquiera. Sobre su propio soporte.

El hecho de que los lingüistas se ocupen de la lengua y los discursos no puede ser para el analista un motivo suficiente para no ocuparse de la palabra y de sus condiciones de emergencia, lo que no es objeto de la lingüística sino, en cambio, de la incumbencia del psicoanálisis, ya que el lenguaje no posee en sí mismo las operaciones y los operadores que le permiten reproducirse en la palabra de cada uno de los seres *a priori* capaces de hablar.

El psicoanálisis se ocupa de esta hiancia entre lenguaje y palabra de la que la lingüística no puede hacer su objeto.

En el corazón de esta hiancia, el cuerpo.

Para el lingüista\*, la glosolalia es una emisión de sonidos que no reproducen los de ninguna lengua conocida. Es un fenómeno marginal, que se presenta en los niños (infans), ciertas afecciones psíquicas o también ciertas prácticas religiosas que

---

\* Ninguna de estas reflexiones hubiera sido posible sin la lectura de la obra de Jakobson, especialmente *«La charpente phonique du langage»*, escrito con Linda Waugh, Les Editions de Minuit, París, 1980. Libro en el que Jakobson lleva hasta sus límites la noción de estructura, al punto de hacer -casi- estallar la noción de doble articulación.

conmemoran el milagro de Pentecostés, cuando, visitados por el Espíritu Santo, los apóstoles comenzaron a "hablar en lenguas" -glosolalia- a todos los que ese día estaban en Jerusalén.

En cambio, nosotros creemos que sin esta emisión de sonidos que no son todavía los fonemas de una lengua, sin la investidura de las cuerdas vocales, la laringe, la glotis, de todo el aparato fonatorio y sobre todo de la emisión de aire, un recién nacido jamás podrá "adquirir"<sup>\*\*</sup> -como se dice en castellano- la palabra.

Condición previa para esta adquisición: que una actividad sea desde el vamos productora de un goce sonoro antes de que el sentido desempeñe un papel discriminatorio. Por otro lado, los sonidos sólo tendrán un sentido (lingüístico codificado) si el niño encuentra en sí un "sentido" -*sensorium*- antes de su discriminación sensorial.

¡Así, para los seres hablantes el milagro de Pentecostés se produce todos los días! Sólo hemos "olvidado" el momento en que esto se produjo, ya que pertenece a lo real. Ahora bien, en lugar de que se produzca por una efusión del Espíritu Santo, es posible pensar que el cuerpo debe perder un goce, para saber que es mortal.

El niño autista no fue nunca glosolálico. Sus gritos roncros, sus sonidos, los emite luego como señal de espanto, de furia o de alegría, jamás como la producción gozosa de un objeto.

Es esta actividad, estructuralmente comparable al chupeteo, la que hace que para el ser hablante los sonidos de la lengua no sean sólo una materialidad simplemente física o físico-fisiológica, sino un objeto de la pulsión.

Si nos volvemos ahora hacia el lado de la palabra, nos vemos obligados a proponer un postulado y construir una pregunta.

El primero dice: "Debido a que antes de toda palabra hay un «dirigirse» («*adresse*») al Otro, en el lugar ahondado por esta demanda habrá un sujeto de la enunciación".

La segunda: "¿Qué está escrito en la palabra antes de toda «escritura»?"

---

<sup>\*\*</sup> Lo que plantea una pregunta, si se le hace confianza a la lengua: ¿Con qué paga el -futuro- sujeto esta 'adquisición'?

Podríamos decirlo así, como si se tratara de una prueba por el absurdo. Si no hubiera escritura en la emisión sonora articulada, ésta sería irrealizable.

Esta escritura, que es el almacén de toda lengua, tiene por característica ser asemántica.

La condición para que un niño invista el conjunto de los rasgos distintivos, prosódicos, de entonación, de contorno que hacen a la singularidad de la lengua, es que se interese en los conjuntos de oposiciones binarias que estructuran el habla y la hacen posible. Este interés sólo puede provenir del hecho de que extraiga placer del vacío y no sólo de lo lleno, lo que le permite constatar muy pronto que el vacío no es una carencia que debe llenarse, sino juego de oposiciones, de diferencias y de repeticiones. Esta investidura sólo puede venir, no de la alegría de la presencia opuesta a la ausencia -pues la presencia sola es aniquilante-, sino de la presencia siempre enmarcada en y por la ausencia.

La oposición estructural primordial tiene por lo tanto cuatro términos: ausencia de una presencia, presencia en la ausencia. Sólo esta estructura permite que las oposiciones de la lengua sean gozosas.

Si no tuviéramos más que una oposición de dos términos: presencia/ausencia, una destruiría a la otra, que es lo que nos muestra el niño "psicótico". Éste segmenta las oposiciones, no las tolera. Entre estridente/apagado, grave/agudo, voceado/no voceado, nasalizado/no nasalizado, no puede pasar de una a otra y se ancla en un solo elemento, y para siempre.

Los niños reconocen los rasgos distintivos y todas las oposiciones binarias de la lengua antes de poder respetarlas y aun si decidieron no respetarlas. Si un adulto pronuncia un fonema deformado por el niño, igual que él, se verá en el acto llamado al orden mediante un gesto o una palabra que le dirán secamente que no es así.

Cuando un niño reemplaza de manera permanente un fonema de la lengua por un sonido de su propia cosecha, la razón nunca es una dificultad cualquiera en el nivel fonatorio. Excepción hecha, naturalmente, de las dificultades propias de cada lengua y que se explican, para todos los futuros locutores, por la tensión que siempre existe entre leyes fónicas diferentes. La razón de esta sustitución es un rechazo selectivo en la lengua tomada como un objeto que le viene del Otro. Las letras no aseguran plenamente su función de goce y él les opone una creación glosolálica *a mínima* que, como realización alucinatoria, asegura el lugar del sujeto.



Cuando decimos que el armazón de la lengua es su estructura asemántica, quiere decir que no es del orden de la significación sino del sentido.

Ese sentido está presente en toda emisión sonora escandida por un ritmo identificable, en toda frase que respeta la sintaxis de la lengua, aun cuando las palabras utilizadas no quieran decir nada una con respecto a la otra. De acuerdo con esto, lo *non-sensical* es el colmo del sentido, y en su extremo límite constituye una barrera.

Las voces de los niños autistas, o que se han vuelto psicóticos, o falsamente débiles mentales, se arrastran, pastosas, o se elevan estridentes, golpeándose torpemente sobre los bordes de una lengua que no articula, que no acepta ser utilizada en su prodigiosa capacidad instrumental. Fracasaron en la tarea de separar la voz de su sustancia, como masa inerte, sin poder reproducirla como juego de oposiciones que permiten que la presencia quede, pero detrás del telón.

No pudieron lograr que esta actividad fuese placentera hasta la risa loca, como los niños normales, gracias la creación sin sentido de nombres que preside el pasaje del infans al niño: la onomatopeya.

Que está ligada al efecto de la operación de la metáfora originaria:

1

s

Significación al sujeto. ¿Cómo se dice esta operación? Lacan responde de una manera sucinta y magnífica: "el perro hacer miau, el gato hacer guau"<sup>8</sup>.

Es el juego con el sin sentido («*l'insensé*», también lo insensato) el que permite que el niño sometido al efecto de la metáfora incorpore la estructura del sentido, pues puede jugar a ignorarlo y, llegado el caso, también actuar con espíritu juguetón.

El niño autista se prohibirá toda fonación, porque para él el exceso de sentido es aplastante.

---

<sup>8</sup> Lacan, "*Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien*" (1960), en *Écrits*, París, Seuil, 1966, p. 805 [traducción castellana: "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1978].

### **8) La letra como trazado del signo que hace rasgo**

Cuando un niño normal, e incluso psicótico, quiere hacer saber que le gusta la serie de televisión *El Zorro*, representa su personaje, se pone su máscara y su capa y también dibuja la marca que aquél deja como recordatorio de su paso o signo precursor de su retorno justiciero.

Fabián, cuatro meses después de que las imágenes dejen su morada en el no ser para convertirse en reales, dibujará dos "z", de tamaño diferente y en distintos lugares. En el anverso de una hoja, una Z que la llena y la tacha a la vez. En el reverso, una z minúscula sobre un costado, casi perdida e invisible.

Una Z mayúscula y una z minúscula son la misma z. Su tamaño relativo no modifica en nada su identidad de letra.

Pero "una Z mayúscula", por ejemplo la del *Zorro*, no es igual a una "z minúscula", por ejemplo la de Fabián. Verdaderamente existe una diferencia. Y esa diferencia existe aun cuando las dos hubieran sido idénticas, pues hay una z y la otra z.

Volvamos un instante al Zorro y su signo. No, desde luego, el signo lingüístico, sino el signo de "dar signos de vida", que además está presente, también, en una expresión como "está signado"... («c'est signé»: está firmado).

El signo, su signo, es trazado por el Zorro con la punta de su espada, sobre una tela, sobre la arena, sobre la piel de un enemigo, sobre una roca.

Para un niño hispanoparlante (el Zorro es mexicano), su nombre significa al animal símbolo de la astucia y en todos los países de esta área lingüística esta palabra es un adjetivo valorado. Para un niño griego, la z que siempre anuncia su retorno puede significar "vivir", ya que es la primera letra de *Zethin*. Para un francés, la z, mayúscula o minúscula, no puede dejar de asociarse al "zizi" [pajarito]\*.

Pero, en tanto tal, ese signo trazado con un movimiento preciso de la mano, como una caligrafía, es el rasgo que lo representa ante todos los demás, y que lo hace

---

\* En francés, «renard» es, en su origen, el nombre propio, en el «Roman de Renart» del animal llamado, hasta ese momento (hacia 1240), «goupil». Hoy los locutores lo han olvidado. «Goupil» es, hoy en día, un nombre propio, y se lo encuentra en un verbo como «goupiller», armar el gatillo de una pistola, en referencia a su forma, que recuerda la cabeza del zorro.

diferente de todos los otros: ya se trate de los personajes de la serie, o todos los niños que la miran, o todos los adultos para cada niño que la mira.

Al dibujar una Z mayúscula de un lado de la hoja y una minúscula del otro, Fabián nos muestra que llegó al concepto que asegura la identidad entre traza y rasgo, la identidad en la diferencia. Debido a que hay una Z mayúscula que tacha toda la página, o toda la pantalla-página, pueden escribirse zetas minúsculas en su reverso.

Fabián, en un instante relampagueante, da signos de que al trazar dos veces la z, logra producir la distinción entre el Uno y el Otro. Un "Uno" que no es el Otro, y un Uno que es el Otro.

Del mismo modo, al dibujarla más fina o más gruesa, más inclinada, al revés, derecha, con volutas o arabescos, descubre que, en la repetición de lo que es común a todos, existe el borde para marcar lo que es singular.

Pero no sabemos si produjo esto para él y también para nosotros, o bien solamente para nosotros. Qué axioma de elección («*axiome de choix*») utilizará para dar al Uno y al Otro una sintaxis. No será lo mismo si escoge "el Uno, no el Otro" o "no hay Uno sin el Otro". Pero eso no lo sabemos.

### **9) La insatisfacción fundante, la intrincación pulsional y la forclusión originaria**

Creemos que en los autistas no hay procesos primarios gobernados por el principio del placer. Sólo comenzarán a existir si se cumplen las condiciones de iniciación de una cura: demanda de los padres, que el niño sea muy pequeño, disponibilidad del analista. También puede afirmarse que la cura comienza cuando el par procesos primarios/principio del placer acaba por existir efectivamente.

Pero también creemos que los analistas están lejos de tener una definición común de esos principios.

¿Cómo los había definido Freud?

La tendencia dominante a la que obedecen esos principios primarios [...] se designa como principio del placer-displacer. [...] Esos procesos primarios tienden a obtener un plus de goce; de tales actos («Akten»), que pueden suscitar el displacer, la actividad («Tätigkeit») psíquica se retira (represión)<sup>9</sup>.

La versión francesa traduce inexplicablemente "*Lust zugewinnen*" por "obtener placer". Lo que equivaldría a decir que el principio del placer y los procesos primarios coinciden en la misma meta, lo que es lo opuesto a lo que Freud ahí mismo establece. Es por eso que el texto francés suprime el comienzo de la proposición siguiente: "de tales actos [...] se retira la actividad psíquica", pues si se retira de los procesos que tienden al placer, se da testimonio del error fundamental de esta traducción, que para garantizar su sentido debe censurar a Freud.

Si los procesos primarios y el principio del placer fueran en el mismo sentido, la angustia y la represión deberían explicarse mediante la introducción del principio de realidad. Lo que llevaría a destruir todo el edificio del psicoanálisis. Sin duda es por eso que el texto francés -que sin embargo constituye una autoridad para todos los analistas y en las universidades- censura también la palabra entre paréntesis del final: "(represión)".

No hay psicoanálisis posible sin esta noción fundamental: los procesos primarios buscan, un acrecentamiento del placer, esto es, el goce. El principio del placer es, de ello, una inhibición activa, una de cuyas vertientes es fisiológica. Es allí donde se enraíza el lenguaje.

Freud continúa así:

«Primeramente, la falta de la satisfacción esperada, la decepción, tuvo como secuela el abandono de esta tentativa de satisfacción por caminos alucinatorios»<sup>10</sup>.

«La insatisfacción resultante es en sí misma un fragmento de realidad»<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> Sigmund Freud, "*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen*", en *Jahrbuch für Psychoanalytische und Psychopathologische Forschungen*, Studienausgabe Band III, Francfort del Meno, Fischer Verlag GmbH, p. 18: "Die oberste Tendenz, welcher diese primären Vorgänge gehorchen [...] sie wird als das Lust-Unlust-Prinzip bezeichnet. Diese Vorgänge streben danach, Lust zugewinnen; von solchen Akten welche Unlust erregen können, zieht sich die psychische Tätigkeit zurück (Verdrängung)" (traducción francesa modificada por nosotros). Cf. la traducción de J. Laplanche, "*Formulations sur les deux principes du tours des événements psychiques*", en *Résultats, idées, problèmes. i. 1890-1920*, París, PUF, 1985, p. 136 [traducción castellana: "Los dos principios del suceder psíquico", en *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1968, t. II].

<sup>10</sup> *Ibid.* (en alemán), p. 18: "Erst das Ausbleiben der erwarteten Befriedigung, die Enttäuschung, hatte zur Folge, dass dieser Versuch der Befriedigung auf halluzinatorischem Wege aufgegeben wurde" (traducción modificada por nosotros). Cf. *ibid.*, traducción de J. Laplanche, p. 136.

Que la satisfacción esperada falte no quiere decir que no haya satisfacción en absoluto, sino que la satisfacción esperada, no es aquella que fue obtenida.

Es la satisfacción misma, en razón de su realización, la que produce un menos, un límite inalcanzable, por el hecho mismo de ser alcanzado.

No se fuerza en modo alguno el alemán si se traduce "*ausbleiben*", "faltar", por "estar ausente" y también por "quedarse afuera". Pongamos lado a lado:

*La satisfacción esperada queda afuera.*

*La insatisfacción resultante es un fragmento de realidad.*

Ese "afuera", que es un sinónimo de la falta, no es preexistente, sino fundado por la presencia de una espera que constituye un límite, un horizonte, y que en sí misma se sitúa a la vez como el más allá invisible de ese horizonte y como el reverso del más acá, como su soporte.

Sin esta espera, sin esta *Erwartung*, no sólo no habría una reserva de satisfacción, otra satisfacción a explorar, sino que -más grave- quedaría comprometida la aparición del "afuera" como un sucedáneo del "adentro".

Esa falla constitutiva de la satisfacción puede no realizarse. En cuyo caso lo real de la vida se verá profundamente perturbado. Puesto que la falta en la satisfacción misma es lo que Freud llama "*Not des Lebens*", la urgencia de la vida, que impide que el sujeto muera en la satisfacción del goce. Debido a que la alucinación misma es insatisfactoria, el niño puede, al mismo tiempo que duerme, llorar y despertarse.

Sin ese agujero fundador, que Lacan llama el "verdadero" agujero, no hay urgencia de la vida, al no oponerse ésta al goce. Y el niño estará permanentemente tanto dormido como en vela, y no podrá establecerse ninguna frontera temporal entre ambos estados.

Esta insatisfacción en el corazón mismo del goce, que es obra de la vida, crea la antinomia real que permitirá el encuadramiento de un espacio apto para la inscripción de diferencias.

La insatisfacción está del lado del objeto, la angustia real, del lado del Otro. De esa separación se origina la demanda.

---

<sup>11</sup> Ibid. (en alemán), p. 23: "[...] resultierende Unzufriedenheit selbst ein Stück der Realität ist" (traducción francesa modificada por nosotros). Cf. *ibid.*, traducción de J. Laplanche, p. 141.

Sin una satisfacción esperada que falte, no hay espacio para que el objeto supuesto que pueda hacerla alcanzar sea demandado a un Otro, afuera, que, por esto, se hace simbolizable.

Lacan formuló en 1976 la hipótesis de una forclusión originaria, más fundamental que la del Nombre-del-Padre, a la que denominó forclusión del sentido por lo real.

Freud, en 1925, en "La negación"<sup>12</sup>, postula un rechazo (*Werbung*) de lo malo, con la utilización de la misma raíz verbal que la del "mecanismo" de las psicosis para dar cuenta de la función de lo real.

Creemos que el autista está en falta de forclusión originaria, en falta de una pérdida fundamental que ponga en movimiento la autoreproducción de la estructura, cuyas modalidades son contingentes.

Melanie Klein intentó dar cuenta de esta operación, a la que llamó "*deflection of death instinct*".

Cuando esta forclusión del sentido no se efectúa, impidiendo así la identificación primaria con el padre primordial, la segunda forclusión, intenta ser su sustituto, salvo que su resultado es poner fuera de juego al padre de la metáfora.

Para comprenderlo, no podemos proponer más que esta explicación:

- la primera forclusión tiene por objeto un goce no sexual, que sólo una vez puesto afuera puede dejar lugar a la constitución de la sexualidad pulsional;
- la segunda forclusión impide el funcionamiento de la metáfora, en razón de oponerse, y poner afuera, el goce fálico del padre. Como respuesta a la falla de la primera, opera sobre una confusión de registros entre goce y función.

Cuando el vacío constituyente ha sido realizado, la alucinación que lo envuelve no tiene una sola fuente pulsional, sino que abreva en un cuerpo que es a la vez superficie visual, táctil, olfativa, auditiva, cenestésica.

---

<sup>12</sup> Véase Freud, "*Die Verneinung*" (1925), en *Imago*, II (3), pp. 217 -217-221, G. W., XIV, traducción de J. Laplanche, "La négation", en *Résultats, idées, problèmes*. II. 1921-1938, París, PUF, 1985, pp. 135-139 [traducción castellana: "La negación", en *Obras Completas*, op. cit., tomo II].

El corte pulsional dará un marco a la pantalla alucinatoria, y es este marco el que permite pensar qué es la intrincación pulsional.

En efecto, ¿qué quería decir Freud cuando hablaba de esa misteriosa *Triebmischung*? Sin una justificación simbólica de la intrincación, es vano hablar de la desintrincación como efecto –como mostración– de la esencia misma de la pulsión: pulsión de muerte.

Intrincación querría decir, para nosotros, que una pulsión se sostiene de la otra, y que gracias a ese sostén su demanda es articulable.

Para la voz, diríamos que puede constituir agujero, apoyado en un signo de la mirada del Otro, que la hace legible.

Para la mirada, que está enmarcada por la voz («*voix*») que le prescribe “¡mira!” («*vois!*»).

Sólo porque se puede buscar una voz con los ojos es posible ser llamado por la mirada.

Las pulsiones se aíslan como demandas, cuando la cura lo impone, porque son el basamento del fantasma. Pero lo propio de su funcionamiento es que se signifiquen entre sí.

Así como los pacientes psicóticos, por estar fuera del discurso, nos cuestionan sobre nuestras raíces en la estructura y, si se lo permitimos, hacen una teoría de ello – en la que nos cuestionan, y nos encausan–, los niños autistas, proyectando una luz rasante, nos dan una ampliación deformante, pero verdadera punto por punto, de lo que fue para nosotros un apego a lo real del que no sentimos nostalgia porque aún podemos sentirlo atrayente.

**Bibliografía**

Freud, S. (1911). *"Consideraciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico"*, edición en francés: "Résultats, Idées, problèmes", PUF, 1985. Traducción de Jean Laplanche.

Edición alemana, Studienausgabe, Band 3, Fischer Verlag, 1982.

Lacan, J. (1955-1958). Le Séminaire: Les Psychoses, La relation d'objet, Les formations de l'Inconscient, L'Angoisse, Problèmes Cruciaux, RSI.

Jakobson, R. (1963). *"Essais de Linguistique Générale"*, I et II, Éditions de Minuit, Paris.

\_\_\_\_\_ (1973). *"La charpente phonique du langage"*, Minuit, Paris.